

## CONGRESO INTERNACIONAL JACQUES MARITAIN

Durante tres días, del 18 al 20 de octubre de 1976, se realizó en Venecia el Congreso Internacional Jacques Maritain, dedicado al estudio del tema *Maritain y la sociedad contemporánea*, organizado por el Instituto Internacional que lleva el nombre del desaparecido tomista francés. Tuvo por sede el "palazzo" de la Fundación Cini, en la bella isla San Giorgio.

El discurso inaugural —tras un conceptuoso saludo dirigido a los congresistas por *Vittore Branca*— estuvo a cargo de *Roberto Papini*. Recordó la evolución de estos Congresos, iniciados en Ancona en 1973 y la importancia de la reflexión sobre el pensamiento maritainiano, tanto para la comprensión del mismo como para su ubicación en nuestro tiempo; lo caracterizó como situado "entre la utopía y la ideología", subrayando que su riqueza y singular influencia exigen una síntesis abierta, no totalizante, orientada hacia el futuro. Aunque el maestro desaparecido haya, sin quererlo, originado una escuela, no se trata de crear ahora una "escolástica" maritainiana, sino de comprender su acción cultural, inevitablemente marcada por el sello de su tiempo, precisamente para liberarla de sus aspectos transitorios, estableciendo un paradigma que permita afrontar con lucidez creativa el desafío de nuestro propio tiempo.

Las comunicaciones fueron numerosas. *Olivier Lacombe* trazó el itinerario espiritual de Maritain, de Bergson a Santo Tomás de Aquino, de León Bloy a "Primacía de lo espiritual", de sus obras de filosofía política a su abandono del mundo en su retiro de Toulouse, junto a los herederos religiosos de su amigo Charles Henrion. En toda esta larga evolución se detectan dos rasgos que permanecen constantes: el caminar por la vida de oración y el ejercitar la caridad intelectual. Hombre de oración, estuvo comprometido con la problemática del mundo, esforzándose por brindar soluciones inspiradas en la sabiduría cristiana. Comprendió que el acoger esta sabiduría no significa bloquear la inteligencia, sino "distinguir para unir" lo racional con lo religioso, superando tanto el racionalismo como el irracionalismo fideísta.

El Padre *J. Nicolas* insistió en la incesante fidelidad de Maritain a la Iglesia y a sus enseñanzas, que le mereció el aprecio de las más altas dignidades eclesiásticas. Destacó a la vez el innegable influjo de su pensamiento en el mismo magisterio oficial, patente en numerosos documentos pontificios. Pero esta fidelidad, que llegaba hasta el escrúpulo, fue la de un laico responsable que desarrolló de una manera personal y creativa el mensaje cristiano. Por su parte, *Giorgio Campanini* hizo una confrontación entre Maritain y Mounier, que fuera su discípulo en los Círculos Tomistas y luego se orientara por caminos propios, aunque sin abandonar del todo su inspiración original. *María Pía Benini* expuso rasgos interesantes de la actividad del filósofo como Embajador de Francia ante la Santa Sede.

El tema de *Gianni Baget-Bozzo*, sobre Maritain y la política de los católicos, encaró uno de los aspectos más discutidos del filósofo francés. Consideró que la actitud maritainiana no es una deshistorización de lo temporal, sino una espiritualización de los factores temporales. Atacó el "uso ideológico" del pensamiento de Maritain, contrario a sus intenciones: nunca pretendió la justificación de un sistema o de una praxis, sino la elaboración de principios concretos para el futuro. Su horizonte no es secularizante, porque al insistir en los valores temporales su mira es teologal, y su constante, la presencia de Dios en la historia y la primacía de lo espiritual. Frente al comunismo remarcó el lugar central de la persona, "imagen de Dios en la obscuridad de la historia"; de ahí su afirmación: todo el que lucha por la dignidad de la persona y de su libertad, responde,

aunque no lo sepa, a una inspiración evangélica. Es justamente lo contrario a la actitud de los cristianos que hoy propugnan una "liberación" que rebaja la fe al nivel de lo puramente humano, olvidando la índole escatológica de la Iglesia y subrayando sólo su presencia histórica en el mundo. Esto, sin embargo, no sólo no impide sino que exige un diálogo con el humanismo antropocéntrico que el filósofo atacaba, para influir en él y despertar aperturas.

Otro discípulo de Maritain, *Etienne Borne*, que no comparte algunas de sus ideas políticas, planteó el problema de un filósofo tan francés que ha tenido menos influjo en Francia que en otros países. Esto resulta paradójico, conociendo el patriotismo francés. Es que no se ha comprendido en su propia patria la "verdadera estatura" del filósofo; otros pensadores, menos "franceses" han tenido en su tierra menos opositores y más audiencia. Habría que buscar las razones de este hecho (que tal vez residan en su adhesión al tomismo medieval y a la Iglesia romana). *Leopoldo Elia*, confirmando la afirmación de Borne sobre el influjo maritainiano en Italia, analizó la primera parte de la Constitución italiana, cuya inspiración traduce las ideas del "humanismo integral", superación de las bases del liberalismo y del capitalismo, por una parte, y del totalitarismo, por otra. Reconoció, sin embargo, las oscilaciones históricas que se dan en la marcha hacia una "nueva cristiandad" que previó prospectivamente como una era postcapitalista, democrática y pluralista.

El tema de la "nueva cristiandad" fue estudiado por *Achille Ardigó*. Se trata de una visión prospectiva con dos alternativas: la de un Estado laico cristiano, fundado sobre una unidad mínima de coincidencias profano-cristianas aceptables a los no cristianos y la de una red de focos de vida cristiana en el mundo, dispersadas entre las naciones. La primera opción parecía preferible a los católicos en la era preconiliar; la segunda aparece más viable en esta época postconiliar. Las reflexiones de Maritain sobre la historia parecen haber surgido de una coyuntura especial, la de la Europa que salía de la crisis capitalista del año 30. Estas consideraciones llevaron al filósofo a una propuesta pluralista que se va asentando cada vez más en nuestra época, en la que la crisis más que económica es de identidad cultural e institucional. Este proyecto supera tanto la idea de la cristiandad medieval como la liberal-burguesa y la revolucionaria marxista.

Los siguientes expositores han abordado la influencia ejercida por Maritain en diversos países de Europa y de América. De este análisis surge claramente que el pensamiento maritainiano se ha interpretado según una doble vertiente: para muchos espíritus el influjo ejercido por el filósofo ha sido casi exclusivamente especulativo (epistemológico y metafísico); para otros, casi exclusivamente social y político. Ambas perspectivas son igualmente parcializantes y han dado lugar a interpretaciones erróneas: el pensamiento maritainiano es homogéneo, el que corresponde a un pensador cristiano comprometido con su fe y con su tiempo, que no elude responsabilidades. La falla de quienes sólo se interesan por sus posiciones filosóficas es olvidar que la verdad debe iluminar la vida práctica; la de los que miran solamente sus ideas sociopolíticas es soslayar el hecho de que estos principios sólo tienen sentido a la luz de la sabiduría filosófico-teológica.

Por fin *Arnando Rigobello* ha dado conclusión al encuentro caracterizándolo como una nueva ocasión para un repensar global de la obra de Maritain, evitando tanto las confusiones como la ingenuidad autolesiva. Toda generación cristiana tiene el deber de ubicarse en el corazón de su tiempo, interpretándolo y viviéndolo. Y en esto Maritain es un maestro y un modelo: en el futuro continuará siendo un punto de referencia ineludible. Considerar de este modo su acción y su legado obliga a "distinguir para unir" como capacidad para el diálogo; exige a la vez el dominio de la filosofía y el ser plenamente cristiano.

Este Congreso ha mostrado una vez más que la herencia cultural maritainiana posee múltiples facetas que no a todos resulta fácil unificar. Queda en pie la viva presencia de un pensador católico que ha pesado decisivamente sobre su tiempo, contribuyendo como pocos a superar la escisión entre lo temporal y lo religioso. Lógicamente, su figura no podía dejar de ser un signo de confusión: es la dote que Cristo dejó a sus discípulos.

## II

Como yo mismo he sido alumno de Maritain y he tratado con él de algunos temas estudiados en el Congreso, me parece oportuno consignar aquí algunos recuerdos personales que el tiempo amenaza borrar. El filósofo era un hombre alto y delgado, de aspecto distinguido, pero extremadamente sencillo y bondadoso en su trato, algo retraído, casi tímido. En sus clases se esforzaba por ser didáctico, sin lograrlo realmente. Su estilo era coloquial; a veces parecía más bien meditar en voz alta que dirigirse a un auditorio. Llevaba a la cátedra una serie de apuntes escritos con su letra menuda, pero no lo ayudaban mucho porque frecuentemente se le traspapelaban. Gustaba hacer esquemas en el pizarrón, pero como no borraba los anteriores, al fin resultaba casi imposible transcribirlos. Carecía de esa soltura académica y juguetona a la vez de su amigo Gilson, cuyas clases estaban llenas de colorido y eran nítidas, ordenadas y elegantes; Maritain dejaba frases inconclusas, buscaba vanamente una cita anotada en no sabía qué papel, contestaba una pregunta, volvía a retomar la frase inacabada. Pese a todo esto, se veía brillar en él la llama del espíritu; cautivaba por lo que decía, a pesar del modo como lo decía (muy distinto era cuando pronunciaba una conferencia redactada de antemano).

Aunque poseía una cultura vastísima, que iba de la lógica a la pintura, de la biología a la mística, de la física a la ética, cada vez que se lo interrogaba sobre un punto que no dominaba, sonreía y se disculpaba modestamente, pellizcando la "mouche" de su barbilla. Confesaba que no tenía vocación de profesor; sólo intentaba ser un filósofo (que, añadido yo, había merecido un premio de literatura). Una vez cometí la imprudencia juvenil de preguntarle, en privado, sobre sus discrepancias con el P. Garrigou-Lagrange, que también fue profesor mío (un brillante profesor con extraordinarias dotes oratorias, muy superior en sus clases a sus libros); sabía que la guerra civil española los había enfrentado. Comprendí mi falta cuando sus profundos ojos azules se empañaron; hizo un silencio, pero se recuperó en seguida, asegurándome que durante su misión diplomática ante el Vaticano se habían visitado varias veces y que las entrevistas fueron muy cordiales; una amistad de tantos años no podría romperse por divergencias de opiniones.

También el P. Garrigou, cuando le hablé del tema, tuvo un momento de emoción y me reiteró lo de las visitas en Roma. Insistió en su total coincidencia con Maritain en temas debatidos, como la naturaleza de la filosofía cristiana, la filosofía moral "adecuadamente tomada", las relaciones entre persona y bien común, la distinción entre individuo y persona, amén de otras cuestiones menos urticantes, como la relación entre filosofía de la naturaleza y ciencias de la naturaleza, la solución del problema gnoseológico y la vocación universal a la contemplación sobrenatural.

En una ocasión Maritain me habló de una carta que le habían enviado algunos seguidores suyos de la Argentina, narrándole las dificultades que tenían para desarrollar una acción política, en esa época. A su juicio debían confiar en la gracia de Dios, ya que de ese modo podrían estudiar, reflexionar y planificar una actividad futura. Se me ocurrió decirle que acudían a él porque lo considerarían el inspirador de las democracias cristianas europeas. Me pareció que se molestaba un poco, pero se rió suavemente y me aseguró que nunca le había interesado la política de partidos; en cambio, sí la filosofía política implicada en la filosofía de la cultura y de la historia. Sus actitudes concretas no habían sido partidistas, sino sólo ocasionales y dictadas por su conciencia de cristiano comprometido con el mundo actual, actuando siempre como simple laico, obediente a la jerarquía eclesial, pero sin comprometerla.

Agregó que Raissa, su esposa (que estaba presente), sentía horror a todo lo que oliere a política y que debía emplear todos sus recursos persuasivos para convencerla de que le era necesario en determinada oportunidad tomar una posición. Por fin me hizo notar que los partidos demócrata-cristianos tenían otras raíces y que eran otros los hombres que los habían inspirado, aun cuando era lógico que siendo, como él, demócratas y cristianos, coincidieran con sus ideas (en efecto, tanto en Italia como en Bélgica, Francia y

Alemania, esos partidos estaban ya organizados cuando escribió en Estados Unidos "Principios de una política humanista" y "El hombre y el estado", el primero al fin de la segunda guerra mundial y el segundo seis años después del armisticio). De todos modos, a mi juicio, queda en pie que muchos políticos católicos hallaron inspiración en sus principios de filosofía política.

Es notable que algunos de sus amigos, como Henri Massis, Marcel de Corte y Etienne Borne, tacharan su actitud de "sobrenaturalista", pensando que absorbía lo natural en lo sobrenatural. Creo que no interpretaron correctamente su posición: toda su obra atestigua que distinguía para unir. Subrayaba constantemente la distinción entre lo temporal y lo religioso, sin oponerlos. Su vivo sentido de la presencia de Dios en la historia era fruto de su intensa vida de oración. Lo que le redituaban sus libros y sobre todo un importante legado inesperadamente recibido de uno de sus discípulos, Pierre Villard, le permitían cumplir con creces el "voto de oración" que había hecho al cumplir cuarenta años, sin apremios de tiempo (el voto consistía en dedicar al menos media hora diaria a la oración mental, aparte de la Misa y la lectura espiritual).

Su devoción mariana se encuadraba dentro de la "esclavitud" de San Grignon de Monfort, de la que era un discreto pero ardiente propagandista. Tenía una especial predilección por la Virgen de la Salette. Había escrito un extenso volumen sobre esas apariciones de Nuestra Señora, con autorización de su confesor y alentado por el P. Garrigou-Laprange. Pero como la Virgen se había quejado amargamente de las faltas de los sacerdotes, algunos amigos pensaron que sería imprudente publicar esa obra. En la duda, viajó a Roma para aconsejarse personalmente con el Papa Benedicto XV. El Pontífice le aseguró que creía en las apariciones, pero que no tenía seguridad sobre la exactitud de las frases transcritas por Melania, la vidente. Lo derivó al Cardenal Billot, el famoso teólogo jesuita, que había hecho un detenido estudio del caso. Este leyó el escrito y le aconsejó no publicarlo. Con toda humildad acató el consejo.

Esta actitud de filial adhesión a la jerarquía era espontánea en él. Aunque le gustaba proclamar que el laico debe actuar como un adulto y juzgar por sí mismo en lo que compete a su función en la Iglesia, de hecho consultaba las decisiones del magisterio eclesiástico cada vez que debía actuar y, en caso de duda, a su Obispo. En el caso de la guerra civil española pidió autorización al Cardenal Verdier antes de firmar el famoso documento de los intelectuales franceses pidiendo a los nacionales y republicanos que concertasen la paz. Por su parte la jerarquía le mostró su apoyo: la Santa Sede lo autorizó a tener el Santísimo Sacramento en su casa, le concedió el título de Doctor en Filosofía que no quiso obtener en la Sorbona por considerarla un bastión del anticlericalismo; Pío XI y sobre todo Pío XII eran asiduos lectores de sus obras, como lo atestiguan los que tenían acceso al despacho privado de estos Papas. En una conversación que tuvo el entonces sustituto del Secretario de Estado del Vaticano, Mons. Montini, con Mons. Derisi, a la que asistí, el futuro Papa comenzó la entrevista quejándose de algunas interpretaciones equivocadas que se hacían del pensamiento de Maritain, "a quien —dijo— tanto debe la Iglesia". Quien así se expresara, siendo ya Pontífice, hizo solemne entrega al filósofo del mensaje del Concilio Vaticano II a los intelectuales. En documentos oficiales no vaciló el actual Papa en citar explícitamente al pensador francés, que todavía vivía, hecho inusual en la práctica del magisterio.

Al fin de su larga vida Maritain comprendió de qué manera el amor de Cristo es exigente. Dios le había pedido la entrega de su persona entera en el momento de su conversión al catolicismo y se la había entregado gozoso; le había pedido su inteligencia cuando advirtió que el tomismo era la filosofía preferida de la Iglesia y se hizo un tomista ferviente; le había pedido el sacrificio de su amada Raissa y lo aceptó como una cruz. Pero le quedaba algo por dar: su empedernida condición de laico, a la que estaba tan apegado. Poco antes de su muerte se desprendió también de ella, haciendo los votos religiosos en la Congregación de los Hermanitos de Foucault, junto a los cuales vivió los últimos años de su vida.

Desprendido de todo, entró en el gozo de su Señor, que ya añoraba (en su obra póstuma, "Approches sans entraves", hay escritos que lo atestiguan), sellando una vida puesta al servicio de la verdad. Tuvo tiempo para ver las desviaciones que, invocando al Concilio Vaticano II, se habían introducido en la Iglesia y pudo mostrar su brazo de luchador atacándolas. Se podrán discutir sus posiciones, pero no su inalterable adhesión a la Iglesia y su influjo sobre la intelectualidad de nuestro tiempo. Quienes tuvimos el privilegio de conocerlo y tratarlo, suscribimos la frase que, al comienzo de su vida monástica, escribiera en su diario Thomas Merton, después de haber conversado con él: "Es un hombre muy Santo".

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

#### REFLEXIONES SOBRE LA FORMACION FILOSOFICA DEL MAGISTERIO ARGENTINO

a) *El problema de la incorporación de contenidos filosóficos en los "curricula" del magisterio.*

Todo sistema educativo, con su correspondiente legislación y administración escolar, es producto de una política educacional sustentada en lineamientos filosóficos, que implican un modo de comprender al hombre en sus inextricables relaciones con el mundo natural y sociocultural y con el ámbito de lo trascendente.

Sin embargo, estos lineamientos filosóficos no siempre son explicitados: por el contrario, constituyen supuestos tácitos cuyo replanteo o esclarecimiento implicaría cuestionar, no sólo el sistema educativo mismo, sino toda una estructura de valores, aspiraciones y creencias sociales y tradicionales que se manifiestan como incuestionables.

De ahí que el tema de la formación filosófica de los educandos dentro del sistema —y en particular la formación filosófica del magisterio— aparezca como sumamente arduo y complejo, ya que encierra, en cierto modo, una situación paradójica. En efecto, como "formación" filosófica, es decir, en cuanto conjunto de contenidos que los educandos deben aprender, está enmarcada en un determinado planeamiento educativo, con sus correspondientes objetivos específicos. Pero, precisamente en la medida en que esa formación es "filosófica", desborda los marcos del planeamiento, ya que tiende a constituirse en fundamento del contenido y estructura de dicho planeamiento, en tanto que éste, a su vez, se inserta en una política educacional fundada en alguna orientación filosófica. Ocurre así que la formación filosófica integra el planeamiento educativo como un contenido de éste, pero al mismo tiempo, la filosofía está presente en los supuestos del planeamiento mismo; claro que no siempre es consciente esa doble inserción de la filosofía en los planeamientos educativos (y no siempre es explicitada). La mayor parte de las veces subyace en los supuestos del sistema político-educacional o aparece subrepticamente en la enunciación de objetivos o en la elaboración de los contenidos.

Esta doble interrelación de la filosofía con los supuestos del planeamiento y con sus elementos integrantes —objetivos, contenidos, métodos— es fuente permanente de conflicto cuando estos elementos responden a orientaciones filosóficas distintas. Teóricamente, el planeamiento del sistema educativo y sus supuestos debieran responder a una misma tendencia o fundarse en las mismas premisas filosóficas; pero de hecho no ocurre así, especialmente en las sociedades de cambio, donde las exigencias sociales apremian la revisión de objetivos y contenidos y no permiten el lento proceso de explicitación de supuestos. De allí surgen los desajustes.

Sucede así que en un sistema educativo como el argentino, en que la explicitación de los supuestos enciclopedistas <sup>(1)</sup> y positivistas que lo sustentan es relativamente reciente,

<sup>1</sup> El enciclopedismo surge de las concepciones filosóficas de la Ilustración que afirman el valor absoluto de la razón y de la ciencia como los únicos medios